
Profesora investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco en México. D. F. Asesora de la revista *GénEros*.

* Ver, por ejemplo, mi libro *Mujeres en el arte popular. De promesas, traiciones, monstruos y celebridades*, México, UAM-Conaculta/Fonca, 2005.

ARTE Y LETRAS

Parejas

Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara

Universidad Autónoma de Nayarit

Después de una tormenta con rayos, como las que suelen caer en Tepic, Alejandro llevó a Pedro, su hijo, a la casa. La clase de karate lo dejaba listo para el baño que, en esta ocasión, debía compartir con el hijo. Vania estaba recostada en el sofá fumando. Alejandro se volvió a preguntar por qué él tenía que recoger a la criatura cuando ella no tenía ocupación alguna en la tarde. En cambio él debía salir de la oficina, ir a dar clases a la universidad privada, estar a tiempo por el niño. No reclamó. Sabía que esa discusión no tenía forma de salir de la respuesta habitual de «tú andas en la calle, tú recógelo». La acidez empezó a invadir la casa esa tarde, precisamente, cuando la tormenta había dejado al Cerro de San Juan traslúcido y en el ambiente flotaba el olor a tierra mojada de la primera tormenta.

En otra ocasión ellos se hubieran refugiado en ellos. Pero ahora existía el tú y el yo, más el niño. Ya no más el nosotros. El olor a tierra mojada les recordaba otra ciudad donde se habían conocido y donde habían encontrado el gusto de estar juntos. Ahora, en Tepic desde hacía cinco años no sabían dónde había ido a parar esa ternura que antes se posesionaba de ellos si una ráfaga de aire frío se colaba por la ventana o la luna seguía su caminar en lo alto. Tepic había agriado a Vania sin que él supiera exactamente por qué. A veces hablaron de ello pero Vania experimentaba un desinterés de todo lo relacionado con Alejandro. No le reprochaba haberse venido a vivir a Tepic, pero algo de eso asomaba en sus respuestas. Tampoco se quería marchar a otra parte. Simplemente no tenía interés.

El hijo también era el hijo de él. Vania lo atendía, vestía, hacía el desayuno, preparaba el lonche y lo subía al transporte escolar a las 7:20 cuando pasaba todas las mañanas. Lo recibía con agrado y por la tarde le preguntaba si había hecho la tarea. Cada mes lo llevaba a la peluquería de la Cruz donde la peluquera le cortaba

el pelo tan chiquito que le ahorraba peinarlo por las mañanas. Acomodaba la ropa en el clóset de la casa perfectamente arreglada en la que se desenvolvía el tiempo maquinal en el que vivía. El momento más feliz era cuando se quedaba sola. El hijo y el marido fuera de la casa la mañana y la tarde y ella ahí quedándose con ella misma. Lo peor venía los fines de semana cuando el hijo y el marido no tenían ocupaciones fijas y entonces a Alejandro le daba por ir juntos al súper o al cine. Lo del súper lo solucionó yendo una vez cada tres meses y lo del cine prefirió comprar su DVD para alquilar películas. Ella alquilaba las películas de su gusto mientras Alejandro y Pedro compartían las novedades de Disney o la última de Harry Potter.

Nada pasaba, decía Vania cuando Alejandro le reprochaba su desinterés por ellos dos. Ella se asombraba porque era claro que los atendía, les preparaba los alimentos, limpiaba la casa, contestaba el teléfono, iba a las juntas de la escuela, recibía su regalo el día de la madre, ahí estaba para ellos. No sabía qué quería Alejandro. ¿No era eso el hogar? Ahí la tenía día y noche disponible en la casa.

Esa vez la acidez entró a la casa con la luz amarilla del atardecer de los días de agosto. Un relámpago anunció el próximo trueno y Alejandro la tomó por los hombros y la aventó al piso. ¿Qué quieres? gritó él, sumamente airado, mientras ella se quedaba inmóvil, tosiendo en el suelo. Volvió a abalanzarse sobre ella, sofocándola, cuando Vania le gritó ¡no te hincaste en la iglesia! Alejandro quedó inmóvil. El día de la boda él había accedido a casarse por la iglesia sólo por complacer a Vania y su familia, sin embargo, en el momento de la consagración quedó de pie mientras ella, con su traje de novia, se hincaba. El lazo matrimonial los lastimaba a ambos porque se restiraba más de lo que daba su longitud.

Vania se quedó en la casa mientras Alejandro se fue a vivir a un departamento. Pedro terminó la escuela pasando los fines de semana con su padre. Después, se fue a Guadalajara a seguir la vida. Las tormentas siguen cayendo sobre los indemnes habitantes de Tepic, las vemos venir anunciadas por las nubes negras que caen sobre el valle. Desde el cerro de San Juan está viniendo el amarillo tormenta. Vania mira a la ventana cuando vuelve a contarnos la historia de las dos fronteras.